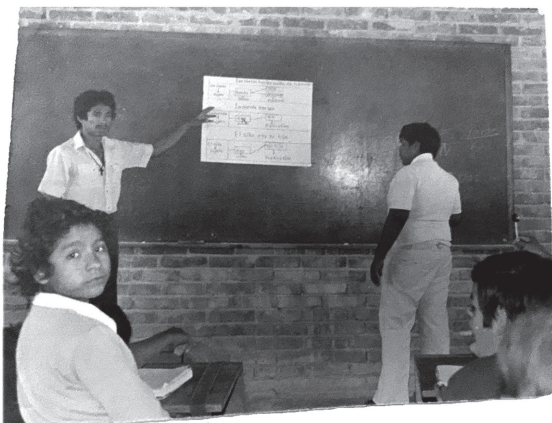


Una mirada a la formación de un maestro rural

José Luis García Leos

Profesor José Luis García Leos impartiendo una clase de ciencias naturales en la Escuela Primaria Agustín de Iturbide del poblado Los Veranos de San Nicolás de la Joya, municipio de Satevó, Chihuahua, en la década de 1980.



Fuente: Foto cortesía de José Luis García Leos.

José Luis García Leos es jefe del Departamento de Secundarias Generales de los Servicios Educativos del Estado de Chihuahua y catedrático del posgrado de la Escuela Normal Superior Profr. José E. Medrano R. Tiene estudios como maestro normalista, licenciado en Ciencias Naturales por la Escuela Normal Superior de La Laguna, maestro en Físico Química por la Escuela de Graduados en Monterrey, Nuevo León; maestro en Desarrollo Educativo por el Centro Chihuahuense de Estudios de Posgrado y doctor en Educación por la Universidad Autónoma de Durango. Ha participado como coordinador en varias publicaciones, entre las que destacan *Experiencias docentes* (2012), *Literatura química* (2013), *Desarrollo profesional docente: las competencias en el marco de la reforma educativa* (2015) y *Desarrollo profesional docente: reforma educativa, contenidos curriculares y procesos de evaluación* (2016). Correo electrónico: j.garcia@ensech.edu.mx.

Resumen

En este trabajo trataré de describir un breve bosquejo de cómo fue el inicio de la configuración de la identidad y la formación profesional de un docente rural mexicano, rescatando los aspectos familiares y del contexto que ejercieron mayor influencia. El recorrido empieza en la década de 1960 con la historia de un niño de cuna humilde y familia campesina, que crece en la tranquilidad de la vida campirana en el Rancho Las Habas, municipio de Mapimí, Durango, y luego se enriquece con el contexto de un barrio cosmopolita de la ciudad de San Pedro de las Colonias, Coahuila. Analiza los acontecimientos personales de los años setentas, estando entre las etapas de la adolescencia y juventud. En ese momento es cuando se acentuaron las adversidades, pero se revisa cómo se lucha para salir adelante y superar los miedos y las frustraciones de una niñez caracterizada por las carencias. Al paso del tiempo se fueron disipando las limitaciones, gracias a la autorregulación y la autoestima para salir adelante como estudiante, rompiendo las inercias y paradigmas de las familias y sociedades campesinas de la época. El capítulo cierra en la década de los ochenta, estando ya como profesor novel de educación primaria rural. En este espacio se aborda de manera muy general las dificultades para conseguir plaza y un poco de los inicios de mi desempeño docente en la comunidad de Los Veranos, de San Nicolás de la Joya, municipio de Satevó, Chihuahua.

Palabras clave: MAESTRO RURAL, AUTORREGULACIÓN,
PROFESIONALIZACIÓN DOCENTE, EDUCACIÓN NORMALISTA.

El recorrido por mis primeros años de estudio

Nací en diciembre de 1959 en la Ranchería de Las Habas, municipio de Mapimí, Durango, siendo el tercer hijo de una familia de jornaleros. Mis primeros ocho años de vida se desarrollan en pleno ambiente campirano, lleno de carencias económicas y culturales, muy propias de la época de los años sesenta, pero compensado todo ello con la tranquilidad, la seguridad y convivencia sana de la vida en los ranchos de aquellos tiempos.

La vida seguía su curso. La relación en el rancho se enlazaba con la asistencia a la Escuela Primaria Justo Sierra, en la que conocí a mis primeros maestros. En primero y segundo grados la presencia del profesor Andrés Medina Alcocer, de quien conservo pocos recuerdos; tercero y cuarto con

la maestra Graciela Macías Vital, a quien evoco con mucha presencia, muy estricta, muy enérgica en sus explicaciones escolares. Ella marca mi trayecto educativo, ya que en tercer grado me reprueba. Mi hermano Salvador, un año menor, me alcanza en grado escolar y a partir de ahí cursamos juntos el resto de la primaria y los tres años de secundaria.

Hoy en día no sé qué tanto influyó haber reprobado tercer grado de primaria, pero recuerdo cómo los siguientes años me sentía un poco apenado por ir rezagado por mi extra edad, en comparación a mis compañeros de grupo. Gómez (1996, p. 12) señala que “El rezago, según indicadores oficiales tiene que ver con el ausentismo, la deserción escolar y la pérdida de eficacia de la enseñanza bilingüe. En la vida cotidiana el escolar rezagado es un niño con hambre, desnutrido y descalzo”. Hay algo que me identifica con la cita anterior, porque recuerda mi infancia llena de carencias, aunque de ninguna manera afirmo que mi caso estuviera asociado a la alimentación y privaciones que se vivieron en mi niñez en estos primeros ciclos escolares. Sin embargo, los estudios que he revisado y la propia experiencia profesional evidencian que las carencias culturales y económicas son uno de los factores del rezago en los aprendizajes de ayer y hoy en los estudiantes mexicanos.

En 1969, mi familia se traslada a la ciudad de San Pedro de las Colonias, Coahuila, debido a la situación económica y a la necesidad de buscar un mejor futuro. Las Habas era una ranchería de unos cuantos vecinos, todos ellos familiares cercanos y en situación económica difícil, pero con un contexto rodeado de plantas del algodón, maíz, animales propios del campo y el relato de los tíos y abuelos. En sí es una vida apacible y tranquila.

El quinto grado de primaria lo cursé en la Escuela Francisco I. Madero con el profesor Ramiro. Aquí inició la lucha de superación en uno mismo, primero porque llevaba un año de rezago, segundo por mi baja autoestima al llegar de una pequeña localidad a una ciudad con un gran contraste. Cuando hablo de superación lo hago debido a la necesidad de sortear un conjunto de debilidades culturales y sociales que en el inicio de mi niñez se fueron acumulando. No es sencillo cuando afrontas a tus compañeros de grupo con una mayor carga cultural y emocional, pero en fin había que adaptarse rápido.

Definitivamente en sexto grado se trazó una ruta distinta al estar con la maestra Lupita, quien fue determinante para salir adelante. Ella era profesora en toda la extensión de la palabra: motivadora, entregada a su profesión, respetuosa y enérgica con los alumnos, además de contar con una clara vocación de servicio que nos motivó para seguir adelante. Recuerdo bien que fui de los tres alumnos más destacados del grupo, lo que me llevó a aprovechar las situaciones de aprendizaje, como señalan Deci y Ryan (1985) al asentar que debería tener para los alumnos la posibilidad de incrementar sus capacidades,

haciéndoles más competentes y llevándolos a que disfruten con el uso de las mismas. Hoy en día, como formador de docentes, doy fe de cómo el elemento de la motivación es y ha sido esencial en el desarrollo cognitivo de los estudiantes.

En 1973, estando entre la etapa de la niñez y la adolescencia, aprendí a adaptarme a este nuevo contexto. Me inscribieron en la Escuela Técnica Industrial No. 7, situación que sería de gran utilidad en el futuro inmediato. Formé parte de la mesa directiva de la sociedad de alumnos, lo que me dio elementos para compartir y socializar con mis compañeros estudiantes, con los profesores y también con directivos de la institución. Fueron un cúmulo de experiencias que en lo personal me dieron seguridad para afrontar debilidades e inseguridades que durante mi niñez fui recopilando. Otra situación que me auxiliaría en gran medida fue haberme inscrito en el taller de taquimecanografía, además fui ganador del concurso de oratoria y declamación a nivel intramuros y regional. Estas situaciones forjaron un nuevo carácter de competencia, desenvolvimiento y liderazgo, facetas que yo desconocía.

En esa etapa soñaba con seguir estudiando, prepararme y ser un profesionista en toda la extensión de la palabra. Pasando el tiempo logré recibirme primero como docente de primaria y posteriormente como profesor de secundaria. Regresaba con nostalgia a mi pueblo en vacaciones a visitar a mi familia y lo primero que observaba a la entrada del poblado era la Escuela Técnica 7 y añoraba ser docente de esta gran institución, deseo que nunca se cumplió. La historia sigue su curso.

Mi preparación profesional en la Escuela Normal Básica

En 1976 egresé de la secundaria y tenía el sueño de ser licenciado en ciencias políticas o ingeniero agrónomo en la Escuela de Chapingo, pero ninguna de las dos aspiraciones se pudo cumplir, porque en la familia seguimos careciendo de recursos para continuar con este tipo de estudios. Con el apoyo siempre decidido de mis humildes y queridos padres me inscribo en la Escuela Normal Básica Silvestre Revueltas, en Gómez Palacio, Durango. Fueron otros cuatro años sorteando dificultades económicas y poco a poco se va acrisolando mi carácter para valorar la noble tarea de ser docente.

Estuve dos ciclos escolares viajando 250 kilómetros diarios para asistir a la Normal. En tercer grado me hospedé con unos parientes en Torreón, Coahuila, siendo un año complicado porque estás en casa ajena. En el cuarto año de la Normal me trasladé al poblado de Mapimí, Durango, por dos motivos: el primero porque conseguí una beca para transporte de Gómez Palacio a Mapimí y en segundo para vivir en casa de mi hermana mayor, casada en ese

poblado. Ese fue uno de mis mejores ciclos escolares por el cariño y protección de Consuelo y su esposo Ramiro, a quien recuerdo como un segundo padre.

En la Escuela Normal Básica se acrecentaron las fortalezas y competencias teóricas elementales para apoyar con éxito a los niños de las escuelas primarias, aunque hay que decir que las escuelas formadoras de docentes no proporcionan todo lo que un profesor competente debería tener al egresar de ellas; sin embargo, desarrollas las estrategias necesarias para pintar un cuadro, para armar un grupo de baile regional, para asesorar a un alumno en poesía y para acompañar a los niños en su trayecto escolar en el mundo de las letras y de la oralidad. Las escuelas normales son instituciones que proporcionan mística, vocación y entrega para desarrollar en los niños y adolescentes los primeros perfiles idóneos de egreso en educación básica. Al revisar los planes de estudio encontramos que históricamente se ha manejado un perfil muy claro y con un gran mensaje acerca de la carrera docente:

El ideal de profesor fue el de un sujeto reflexivo, creativo, innovador; honrado y responsable con habilidades para observar, analizar y criticar, con actitudes para trabajar coordinadamente en proyectos que requieren del esfuerzo colectivo, con capacidad, compromiso social y autoevaluación personal y grupal; dotado de una profunda convicción nacionalista; promotor de la democracia y de la solidaridad humana y agente de cambio en la sociedad (SEP, 1999).

No dudamos que profesionistas universitarios o egresados de otras instituciones tengan este tipo de perfil, pero en la escuela normal se aclaran y desarrollan todas y cada una de estas cualidades en la personalidad de sus egresados.

El inicio como profesor rural en la Escuela Primaria Agustín de Iturbide

En julio de 1980, un grupo de 14 entusiastas normalistas recién egresados partimos al estado de Oaxaca por invitación del maestro de artes de la Escuela Normal. Emprendimos el largo camino hasta ese lejano estado con la esperanza de solicitar empleo de profesores noveles. Tendré que decir que egresábamos de la Escuela Normal Particular Silvestre Revueltas, motivo por el que en esos años no se otorgaba plaza directa, como a los graduados de las escuelas normales rurales u oficiales.

Durante doce días recorrimos el gran estado de Oaxaca; conocimos la cañada, la sierra de Juárez y la capital, en donde fuimos recibidos por las autoridades educativas. Hicieron el compromiso para otorgarnos una plaza, pero

desafortunadamente no llevamos la papelería completa, solo la constancia de terminación de estudios. Regresamos a nuestro lugar de origen (La Comarca Lagunera), donde nos informan por voces de otros compañeros que en el estado de Chihuahua estaban otorgando plazas a profesores de nuevo ingreso.

Emprendimos la salida a lo que sería la tierra prometida, viajando por ferrocarril al ser el medio de transporte más económico. Llegamos a Chihuahua después de una larga noche y la sorpresa fue que las autoridades educativas nos comentaron que en este momento no había plazas disponibles. Se dio un gran desánimo entre el grupo aproximado de 28 compañeros, pero no desistimos. Hacíamos guardias permanentes en la Sección Octava del sindicato de maestros federalizados. Nos hospedamos en el Hotel Plaza, atrás de Catedral, mientras transcurría el mes de agosto de 1980. En los últimos días, ya desesperados, sin dinero y sin recursos para sostenernos, el profesor Fernando Abarca, representante sindical, nos comunicó que existía la posibilidad de cubrir vacantes en la sierra de Chihuahua. Si aceptábamos el reto, quedaban tres días de un curso-taller de inducción a profesores noveles. Sánchez (2008, p. 12) señala que:

Los profesores/as debutantes tienen un conjunto de problemas relacionados con el “shock” ante la realidad, el cual incluye aspectos relacionados con el entorno educativo, el relacional, organizativo y social. En definitiva, los maestros noveles, confiesan serias dudas sobre su competencia profesional.

Con entusiasmo asistimos al curso-taller en la Escuela Primaria Quetzalcóatl, de la colonia Infonavit Nacional, durante tres días. El viernes nos entregan las órdenes de presentación y empiezan a ubicar a los compañeros del grupo en los distintos municipios serranos del estado: Guadalupe y Calvo, Morelos, Chínipas, Guachochi, Nonoava y entre ellos Satevó, donde iniciamos el peregrinar como maestros rurales dos compañeras y un servidor.

El primer inspector escolar, Ramiro López Ramos, era un buen ser humano y un gran profesional del que aprendimos en nuestros primeros años en la docencia. En su compañía nos trasladamos a los lugares de asignación durante el mes de septiembre de 1980. Fue un año muy lluvioso en el que los ríos desbordados no permitieron que el vehículo del inspector nos transportara a las rancherías donde prestaríamos nuestros servicios docentes. Nos regresamos a Chihuahua con su consentimiento para esperar unos días que disminuyera la corriente y regresar a la escuela concedida.

El 11 de septiembre de 1980 emprendí la aventura profesional de ser docente. A las 11:00 horas, en la antigua central camionera, abordamos el camión que hacía recorrido a San José del Sitio, municipio de Satevó, y de

allí a la comunidad de destino: Los Veranos de San Nicolás de la Joya. Llegué a las 8:00 de la noche en el camión y de allí al poblado de Los Veranos hice tres horas a lomo de caballo. El plantel asignado fue la Escuela Unitaria Agustín de Iturbide, que contaba con 48 alumnos distribuidos en cuatro grados escolares (1o. a 4o.).

A manera de conclusión

Cierro esta breve semblanza describiendo mis primeros pasos en la docencia en un contexto difícil, donde las familias carecían de lo más elemental, viviendo en las riberas del río Conchos en casas de piso de tierra. La escuela contaba con un solo salón y su Casa del Maestro. Organicé a los niños: primero y segundo de 8:00 a 12:00 horas y tercero y cuarto de 14:00 a 18:00 horas; luego realicé la primera reunión con los padres de familia para pedirles que en un plazo de 15 días consiguieran el uniforme de los niños: pantalón y falda azul marino, camisa y blusa blanca para que todos, sin excepción, fueran uniformados.

Durante este ciclo escolar 1980-1981 existía un programa titulado “Audio primaria” para los grados de tercero a sexto, que consistía en proporcionar a las escuelas unitarias un equipo de audiocasetes y una grabadora de pilas con los que se daba seguimiento a las distintas asignaturas (matemáticas, ciencias naturales, ciencias sociales, español) mediante un legajo de ficheros. Se les ponía el casete a los niños y ellos contestaban en los ficheros y posteriormente se socializaban los aprendizajes. Me parece que eran un material muy pedagógico para ese tiempo, que motivaba a los niños y despertaba su curiosidad.

Al atender los grados de primero y segundo, si en este momento me preguntaran que metodología usé para acompañarlos en su proceso de adquisición de la lecto-escritura, diría que no lo tengo muy claro. Más que nada considero que fue la perseverancia, la repetición de lo simbólico o lo que me parecía práctico para que los niños fueran desarrollando y afianzando la comprensión lectora. Les di mucha confianza, un aprendizaje cercano y fomenté su autoestima para que al final del ciclo tuviera los resultados esperados. Los doce niños de primero salieron leyendo de manera fluida y los catorce de segundo afianzaron sus competencias lectoras. Los niños de tercero y cuarto, tengo que decirlo, terminaron con una caligrafía clara y de trazos estilizados, con alumnos que ya se encontraban en extra edad.

En este primer capítulo de mi experiencia como docente novel, la mayor satisfacción que tuve fue ver que la totalidad de los niños de primero egresaran leyendo, pero luego vinieron logros que habré de compartir en otro momento.

Referencias

- DECI, E.L. y RYAN, R.M. (1985). *Intrinsic motivation and self-determination in human behavior*. Nueva York, Estados Unidos: Plenum.
- GÓMEZ M., M. (1996). ¿Quiénes son los niños del rezago educativo? *Este país*, (62), 1-14.
- SÁNCHEZ ASÍN, A. y BOIX, J. (2008). La construcción de la identidad y profesionalización de los docentes noveles de la ESO, a través de un estudio experimental. *Profesorado. Revista de Curriculum y Formación de Profesorado*, 12(3), 1-23. Universidad de Granada.
- SEP. (1999). *Plan de estudios 1999. Licenciatura en Educación Secundaria*. México: Secretaría de Educación Pública.